en mi decadencia. Encomiéndate á Dios, antes de faltarme. Porque yo lo sé, lo sé; para mí no hay secretos; poseo un saber infinito de estas cosas, y una experiencia y un olfato... que no es posible pegármela, no, no es posible.»

VII

Algo se asustaba Tristana, sin llegar á sentir terror, ni á creer al pié de la letra en las fieras amenazas de su dueño, cuyos alardes de olfato y adivinación estimaba como ardid para dominarla. La tranquilidad de su conciencia dábale valor contra el tirano, y ni aun se cuidaba de obedecerle en sus infinitas prohibiciones. Aunque le había ordenado no salir de paseo con Saturna, se escabullía casi todas las tardes; pero no iban á Madrid, sino hacia Cuatro Caminos, al Partidor, al Canalillo ó hacia las alturas que dominan el Hipódromo; paseo de campo, con merienda las más veces, y esparcimiento saludable. Eran los únicos ratos de su vida en que la pobre esclava podía dar de lado á su tristeza, y gozaba de ellos con abandono pueril, permitiéndose correr y saltar, y jugar á las cuatro esquinas con la chica del tabernero, que solía acompañarla, ó alguna otra amiguita del vecindario. Los domingos, el paseo era de muy distinto carácter. Saturna tenía á su hijo en el Hospicio, y según costumbre de todas las madres que se hallan en igual caso, salía á encontrarle en el paseo.

Comunmente, al llegar la caterva de chiquillos á un lugar convenido en las calles nuevas de Chamberí, les dan el rompan-filas, y se ponen á jugar. Allí les aguardan ya las madres, abuelas ó tías (del que las tiene), con el pañuelito de naranjas, cacahuetes, avellanas, bollos ó mendrugos de pan. Algunos corretean y brincan jugando á la *toña;* otros se pegan á los grupos de mujeres. Los hay que piden cuartos al transeunte, y casi todos rodean á las vendedoras de caramelos largos, avellanas y piñones. Mucho gustaban á Tristana tales escenas, y ningún domingo, como hiciera buen tiempo, dejaba de compartir con su sirviente la grata ocupación de obsequiar al hospicianillo, el cual se llamaba Saturno, como su madre, y era rechoncho, patizambo, con unos mofletes encendidos y carnosos que venían á ser como certificación viva del buen régimen del Establecimiento provincial. La ropa de paño burdo no le consentía ser muy elegante en sus movimientos, y la gorra con galón no ajustaba bien á su cabezota, de cabello duro y cerdoso como los pelos de un

cepillo. Su madre y Tristana le encontraban muy salado; pero hay que confesar que de salado no tenía ni pizca; era, sí, dócil, noblote y aplicadillo, con aficiones á la tauromaquia callejera. La señorita le obsequiaba siempre con alguna naranja, y le llevaba además una perra chica para que comprase cualquier chuchería de su agrado; y por más que su madre le incitaba al ahorro, sugiriéndole la idea de ir guardando todo el numerario que obtuviera, jamás pudo conseguir poner diques á su despilfarro, y cuarto adquirido era cuarto lanzado á la circulación. Así prosperaba el comercio de molinitos de papel, de banderillas para torear, y de torrados y bellotas.

Tras importunas lluvias, trajo el año aquel una apacible quincena de Octubre, con sol picón, cielo despejado, aire quieto; y aunque por las mañanas amanecía Madrid enfundado de nieblas, y por las noches la radiación enfriaba considerablemente el suelo, las tardes, de dos á cinco, eran deliciosas. Los domingos no quedaba bicho viviente en casa, y todas las vías de Chamberí, los altos de Maudes, las avenidas del Hipódromo y los cerros de Amaniel, hormigueaban de gente. Por la carretera no cesaba el presuroso desfile hacia los merenderos de Tetuán. Un domingo de aquel hermoso Octubre, Saturna y Tristana fueron á

esperar á los hospicianos en la calle de Ríos Rosas, que enlaza los altos de Santa Engracia con la Castellana, y en aquella hermosa vía, bien asoleada, ancha y recta, que domina un alegre y extenso campo, fué soltada la doble cuerda de presos. Unos se pegaron á las madres, que les habían venido siguiendo desde lejos; otros armaron al instante la indispensable corrida de novillos de puntas, con presidencia, chiqueros, apartado, callejones, barrera, música del Hospicio, y demás perfiles. Á la sazón pasaron por allí, viniendo de la Castellana, los sordo-mudos, en grupos de mudo y ciego, con sus gabanes azules y galonada gorra. En cada pareja, los ojos del mudo valían al ciego para poder andar sin tropezones; se entendían por el tacto con tan endiabladas garatusas, que causaba maravilla verles hablar. Gracias á la precisión de aquel lenguaje, enteráronse pronto los ciegos de que allí estaban los hospicianos, mientras los muditos, todos ojos, se deshacían por echar un par de *verónicas*. ¡Como que para esto maldita falta les hacía el don de la palabra! En alguna pareja de sordos, las garatusas eran un movimiento ó vibración rapidísima, tan ágil y flexible como la humana voz. Contrastaban las caras picarescas de los mudos, en cuyos ojos resplandecía todo el verbo huma-

no, con las caras aburridas, muertas, de los ciegos, picoteadas atrozmente de viruelas, vacíos los ojos y cerrados entre cerdosas pestañas, ó abiertos, aunque insensibles á la luz, con pupila de cuajado vidrio.

Detuviéronse allí, y por un momento reinó la fraternidad entre unos y otros. Gestos, muecas, cucamonas mil. Los ciegos, no pudiendo tomar parte en ningún juego, se apartaban desconsolados. Algunos se permitían sonreir como si vieran, llegando al conocimiento de las cosas por el velocísimo teclear de los dedos. Tal compasión inspiraban á Tristana aquellos infelices, que casi casi le hacía daño mirarles. ¡Cuidado que no ver! No acababan de ser personas: faltábales la facultad de enterarse, y ¡qué trabajo tener que enterarse de todo pensándolo!

Apartóse Saturno de su mamá para unirse á una partida que, apostada en sitio conveniente, desbalijaba á los transeuntes, no de dinero, sino de cerillas. «El fósforo ó la vida» era la consigna, y con tal saqueo reunían los muchachos materia bastante para sus ejercicios pirotécnicos, ó para encender las hogueras de la Inquisición. Fué Tristana en su busca; antes de aproximarse á los incendiarios, vió á un hombre que hablaba con el profesor de los sordo-mudos, y al cruzarse su mirada

con la de aquel sujeto, pues en ambos el verse y el mirarse fueron una acción sola, sintió una sacudida interna, como suspensión instantánea del correr de la sangre.

¿Qué hombre era aquél? Habíale visto antes, sin duda; no recordaba cuándo ni dónde, allí, ó en otra parte; pero aquella fué la primera vez que al verle sintió sorpresa hondísima, mezclada de turbación, alegría y miedo. Volviéndole la espalda, habló con Saturno para convencerle del peligro de jugar con fuego, y oía la voz del desconocido hablando con picante viveza de cosas que ella no pudo entender. Al mirarle de nuevo, encontró los ojos de él que la buscaban. Sintió vergüenza, y se apartó de allí, no sin determinarse á lanzar desde lejos otra miradita, deseando examinar con ojos de mujer al hombre que tan sin motivo absorbía su atención, ver si era rubio ó moreno, si vestía con gracia, si tenía aires de persona principal, pues de nada de esto se había enterado aún. El tal se alejaba: era joven, de buena estatura, vestía como persona elegante que no está de humor de vestirse, en la cabeza un livianillo, chafado sin afectación, arrastrando, mal cogido con la mano derecha, un gabán de verano de mucho uso. Lo llevaba como quien no estima en nada las prendas de vestir. El traje era gris, la corba-

ta de lazada hecha á mano con descuído. Todo esto lo observó en un decir Jesús, y, la verdad, el caballero aquel, ó lo que fuese, *le resultaba* simpático... muy moreno, con barba corta... Creyó al pronto que llevaba quevedos... pero no; nada de ojos sobrepuestos; sólo los naturales, que... Tristana no pudo, por la mucha distancia, apreciar cómo eran.

Desapareció el individuo, persistiendo su imagen en el pensamiento de la esclava de don Lope, y al día siguiente, ésta, de paseo con Saturna, le volvió á ver. Iba con el mismo traje; pero llevaba puesto el gabán, y al cuello un pañuelo blanco, porque soplaba un fresco picante. Miróle con descaro inocente, regocijada de verle, y él la miraba también, parándose á discreta distancia. «Parece que quiere hablarme—pensaba la joven.—Y verdaderamente, no sé por qué no me dice lo que tiene que decirme.» Reíase Saturna de aquel flecheo insípido, y la señorita, poniéndose colorada, hacía como que se burlaba también. Por la noche no tuvo sosiego, y sin atreverse á comunicar á Saturna lo que sentía, se declaraba á sí propia las cosas más graves. «¡Cómo me gusta ese hombre! No sé qué daría porque se atreviera... No sé quién es, y pienso en él noche y día. ¿Qué es esto? ¿Estoy yo loca? ¿Significa esto la desesperación de la

prisionera que descubre un agujerito por donde escaparse? Yo no sé lo que es esto; sólo sé que necesito que me hable, aunque sea por telégrafos, como los sordo-mudos, ó que me escriba. No me espanta la idea de escribirle yo, ó de decirle que sí, antes que él me pregunte... ¡Qué desvarío! ¿Pero quién será? Podría ser un pillo, un... No, bien se ve que es una persona que no se parece á las demás personas. Es solo, único... bien claro está. No hay otro. ¡Y encontrar yo el único, y ver que este único tiene más miedo que yo, y no se atreve á decirme que soy su única! No, no, yo le hablo, le hablo... me acerco, le pregunto qué hora es, cualquier cosa... ó le digo, como los hospicianos, que me haga el favor de una cerillita... ¡Vaya un disparate! ¡Qué pensaría de mí! Tendríame por una mujer casquivana. No, no, él es el que debe romper...»

Á la tarde siguiente, ya casi de noche, viniendo señorita y criada en el tranvía descubierto, ¡él también! Le vieron subir en la Glorieta de Quevedo: pero como había bastante gente, tuvo que quedarse en pié en la plataforma delantera. Tristana sentía tal sofocación en su pecho, que á ratos érale forzoso ponerse en pié para respirar. Un peso enorme gravitaba sobre sus pulmones, y la idea de que, al bajar del coche, el desconocido se

decidiría á romper el silencio, la llenaba de turbación y ansiedad. ¿Y qué le iba á contestar ella? Pues señor, no tenía más remedio que manifestarse muy sorprendida, rechazar, alarmarse, ofenderse y decir que no y qué sé yo... Esto era lo bonito y decente. Bajaron, y el caballero incógnito las siguió á honestísima distancia. No se atrevía la esclava de D. Lope á volver la cabeza, pero Saturna se encargaba de mirar por las dos. Deteníanse con pretextos rebuscados; retrocedían como para ver el escaparate de una tienda... y nada. El galán... mudo como un cartujo. Las dos mujeres, en su desordenado andar, tropezaron con unos chicos que jugaban en la acera, y uno de ellos cayó al suelo chillando, mientras los otros corrían hacia las puertas de las casas alborotando como demonios. Confusión, tumulto infantil, madres que acuden airadas... Tantas manos quisieron levantar al muchacho caído, que se cayó otro, y el barullo aumentó.

Como en esto observara Saturna que su señorita y el galán desconocido no distaban un palmo el uno del otro, se apartó solapadamente. «Gracias á Dios—pensó atisbándoles de lejos;—ya pica: hablando están.» ¿Qué dijo á Tristana el sujeto aquel? No se sabe. Sólo consta que Tristana le contestó á todo que sí, ¡sí, sí! cada vez más alto, como persona que,

avasallada por un sentimiento más fuerte que su voluntad, pierde en absoluto el sentido de las conveniencias. Fué su situación semejante á la del que se está ahogando y ve un madero y á él se agarra, creyendo encontrar en él su salvación. Es absurdo pedir al náufrago que adopte posturas decorosas al asirse á la tabla. Voces hondas del instinto de salvación eran las breves y categóricas respuestas de la niña de D. Lope, aquel *sí* pronunciado tres veces con creciente intensidad de tono, grito de socorro de un alma desesperada... Corta y de provecho fué la escenita. Cuando Tristana volvió al lado de Saturna, se llevó una mano á la sien, y temblando le dijo: «Pero si estoy loca!... Ahora comprendo mi desvarío. No he tenido tacto, ni malicia, ni dignidad. Me he vendido, Saturna... ¡Qué pensará de mí! Sin saber lo que hacía... arrastrada por un vértigo... á todo cuanto me dijo le contesté que sí... pero cómo...! ¡ay! no sabes... vaciando mi alma por los ojos. Los suyos me quemaban. ¡Y yo que creía saber algo de estas hipocresías que tanto convienen á una mujer! Si me creerá tonta... si pensará que no tengo vergüenza... Es que yo no podía disimular, ni hacer papeles de señorita tímida. La verdad se me sale á los labios, y el sentimiento se me desborda... quiero ahogarlo, y me aho-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES"

ga. ¿Es esto estar enamorada? Sólo sé que le quiero con toda mi alma, y así se lo he dado á entender, ¡qué afrenta! le quiero sin conocerle, sin saber ni quién es ni cómo se llama. Yo entiendo que los amores no deben empezar así... al menos, no es eso lo corriente, sino que vayan por grados, entre *sies* y *noes* muy habilidosos, con cuquería... Pero yo no puedo ser así, y entrego el alma cuando ella me dice que quiere entregarse... Saturna, ¿qué crees? Me tendrá por mujer mala? Aconséjame, dirígeme. Yo no sé de estas cosas... Espera, escucha: mañana, cuando vuelvas de la compra, le encontrarás en esa esquina donde nos hablamos, y te dará una cartita para mí. Por lo que más quieras, por la salud de tu hijo querido, Saturna, no te niegues á hacerme este favor, que te agradeceré toda mi vida. Tráeme, por Dios, el papelito, traémelo, si no quieres que me muera mañana.»

VIII

«Te quise desde que nací...» Esto decía la primera carta... no, no, la segunda, que fué precedida de una breve entrevista en la calle, debajito de un farol, entrevista intervenida con hipócrita severidad por Saturna, y en la cual los amantes se tutearon sin acuerdo previo, como si no existiesen, ni existir pudieran, otras formas de tratamiento. Asombrábase ella del engaño de sus ojos en las primeras apreciaciones de la persona del desconocido. Cuando se fijó en él, la tarde aquella de los sordo-mudos, túvole por un señor así como de treinta ó más años. ¡Qué tonta! ¡Si era un muchacho...! Y su edad no pasaría seguramente de los veinticinco, sólo que tenía un cierto aire reflexivo y melancólico, más propio de la edad madura que de la juventud. Ya no dudaba que sus ojos eran como centellas, su color moreno caldeado del sol, su voz como blanda música que Tristana no había oído hasta entonces, y que más le halagaba los senos del cerebro después de escuchada. «Te estoy queriendo, te estoy buscando desde antes de nacer—decía la tercera carta de ella, empapada en un espiritualismo delirante.—No formes mala idea de mí si me presento á tí sin ningún velo, pues el del falso decoro con que el mundo ordena que se encapuchen nuestros sentimientos, se me deshizo entre las manos cuando quise ponérmelo. Quiéreme como soy; y si llegara á entender que mi sinceridad te parecía desenfado ó falta de vergüenza, no vacilaría en quitarme la vida.»

Y él á ella: «El día en que te descubrí fué el último de un largo destierro.»